

apego de ella; en vez de mayor aversión á la muerte, cierta familiaridad con ésta y aun tendencia á experimentarla, á gozarla si vale la palabra. El que fija sus ojos en el abismo, al abismo cae; el pueblo que á todas horas tiene delante el espectáculo de la muerte, á la muerte corre. Esto fué lo que sucedió á Lyon, según manifiesta el mismo Collot en una de sus cartas. Casi [todos los condenados iban á la muerte cantando, y era raro que, al volver de una ejecución, no se oyese decir á más de un espectador: «Esto no es muy duro; ¿qué haré yo para ser guillotinado? La masa del pueblo que se quería atraer á la República quedose estupefacta, atónita, como alelada, indiferente á todo, sin fuerza de voluntad para querer nada. En vano los representates proscribían, de un lado, el pan de flor de harina, y de otro, el pan de salvado, mandando á los panaderos que elaborasen una sola clase de buen pan, *el pan de la igualdad*; en vano acordaron que los ciudadanos enfermos, viejos y huérfanos tendrían en adelante casa, alimento y vestido á costa de los ricos, y que del producto de la tasa revolucionaria se proveería á los obreros válidos de los instrumentos del trabajo: estas disposiciones se dan el veintitrés de Noviembre, y el diez y siete de Enero escribía Achard desesperado. «Aquí, el pueblo carece por completo de espíritu revolucionario; parece muerto para la Revolución».

Los desgraciados lioneses intentaron un esfuerzo para escapar á la tiranía que los diezmaba. Designaron una diputación, la cual presentó el veinte de Diciembre á la Asamblea nacional, en nombre de los habitantes de la *Ciudad emancipada*, conmovedora instancia, pidiendo gracia para su ciudad arrepentida y conjurando á la Convención que pudiese fin á los «actos de inhumanidad sin ejemplo» que habían sucedido á la clemencia de los primeros días. Collot corre á París á defenderse; acógenle calorosamente los jacobinos; lee á la Asamblea, en respuesta á la petición de los lioneses, extensa comunicación desfigurando la verdad de los hechos, y consigue que le aprueben su conducta y la de su colega. En su consecuencia, la Comisión revolucionaria siguió enviando víctimas al cadalso, hasta que las cárceles quedaron vacías. Es de notar la conducta de Robespierre en todo este asunto. No respondió á las cartas que le dirigieran Collot y Fouché dándole cuenta y como pidiéndole la aprobación de sus actos, pero tampoco dejó oír su voz en la Asamblea con motivo de la diputación lionesa y de la justificación de Collot. La misma conducta ambigua de siempre. No cabe duda de que, en el fondo de su alma, condenaba enérgicamente las atrocidades de aquellos representantes, pero no quería ponerse frente á los jacobinos que las aplaudían, y este arte admirable de adaptarse á las circunstancias, que nunca le faltó, fué el escabel principal que le elevó á la dictadura. Que condenaba los excesos de Collot y de Fouché, lo muestra bien claro la dureza con que trató al segundo cuando se le presentó á su regreso, según los términos en que nos refiere este acto la propia hermana de Robespierre, Carlota: «Estuve presente á la entrevista que Fouché tuvo á su vuelta con mi hermano. Éste le pidió cuenta de la sangre que había

hecho derramar, y le reprochó su conducta con tal viveza de expresión que Fouché estaba pálido y tembloroso. Balbuceó algunas excusas, excudándose en la gravedad de las circunstancias. Robespierre le respondió que nada podía justificar las crueldades de que se había hecho culpable. Desde este día, Fouché fué el enemigo más irreconciliable de mi hermano y se juntó á la fracción que conspiraba para perderle.

Al pasar de Marsella á Lyon nos encontramos con una nueva especie de suplicio, el ametrallamiento, más cruel que el fusilamiento; ahora, al pasar de Lyon á Nantes topamos con una tercera especie de suplicio; el ahogamiento, más cruel que el ametrallamiento. La crueldad va en aumento. El inventor de este nuevo suplicio fué Carrier. Procurador en Aurillac hasta la Revolución, diputado luego por la alta Auvernia, de facha estrambótica y siniestra, alta talla, cara prolongada y lisa, ojos extraviados, deprimida frente y gran nariz aguileña, nada tenía Carrier, de la fría perversidad de Fouché ni de las soberbias pretensiones y carácter melodramático de Collot; antes gozaba de fama de varón honrado, bien que de trato áspero y no exento de arrebatos, y figuraba entre los más exaltados de la Convención. Pero era medroso, y el miedo, que nunca fué buen consejero, le hizo interpretar su difícil cometido en el sentido de optar entre destruir á ser destruido, de perecer sacrificado, bien por los realistas, bien por los mismos jacobinos, sino lograba destruir á los primeros; y esta persistente idea le exaltó hasta el furor, hasta el delirio. Lo que faltaba lo puso su temperamento nervioso, que le tenía en constante desequilibrio de espíritu y de cuerpo, en estado verdaderamente enfermo, y con lo uno y lo otro acabó por degenerar en atroz maniaco, emborrachándose en orgías de vino y mujeres. Sobre un solo punto se mantuvo lúcido y sensato, sobre el concurso que debía prestar al ejército republicano, al que ayudó eficazmente en las operaciones militares con remesas de equipos y víveres y con el empleo de chalupas cañoneras. Imprudencia insigne fué el confiar á un hombre de esta calaña comisión de ningún género; pero lo fué mucho mayor el enviarle á Nantes, donde tan necesaria era su prudente clemencia para abreviar la conclusión de la guerra vendeana. Porque el Terror no tuvo en Nantes el mismo carácter ni el mismo objeto que en Lyon, Marsella ó Tolón; no se aplicó aquí para castigar á una ciudad rebelde, sino á pretexto de defender y vengar de sus enemigos, los vendeanos, á una ciudad fiel; y por esto la gran mayoría de las víctimas fueron traídas de fuera.

Carrier llegó á Nantes poco después de haber pasado los vendeanos el Loira, diez y nueve de Octubre, y halló á la población consternada. Hasta esta fecha, nada había ocurrido en aquella ciudad que estuviese fuera de las condiciones habituales de las guerras civiles. El tribunal criminal extraordinario, que habían instituido las autoridades nantesas desde el comienzo de la insurrección vendeana, sólo había pronunciado un pequeño número de sentencias de muerte, en represalias de las atrocidades cometidas por los insurrectos del Marais. Pero la invasión del país al Norte del Loira por los realistas; la derrota

de los republicanos en Laval; el temor de ver á los insurrectos vendeanos y bretones volver sobre Nantes; el rumor de un próximo desembarco de los ingleses, todo esto produjo una excitación terrible en la ciudad, reducida, por otra parte, á una situación sumamente angustiosa. La guerra extranjera y la civil habían arruinado su comercio, y la poca vida que le quedaba se la disputaban el monopolio, el agiotaje y el fanatismo monárquico. Las partidas de Charette subían y bajaban á todas horas por la orilla izquierda del Loira, y los habitantes de la campiña eran en su gran mayoría contra-revolucionarios, hasta los de la orilla derecha, que no habían osado empuñar las armas. En el mismo Nantes había un partido realista en comunicación constante con el partido vendeano, al que enviaba municiones y dinero. La miseria se cebaba ferozmente en las clases pobres, reducidas á media libra de pan malo por día, lo que las exasperaba contra los «bandidos» de la Vendée, que tenían la ciudad hambrienta y que, al decir de los soldados, mutilaban á los prisioneros republicanos enterrándoles vivos, amontonándolos por centenas en pozos, clavándolos á las puertas de sus casas ó colgándolos de los árboles por los pies. La patriótica unión entre girondinos y montañeses de veintinueve de Junio se había roto, y la mayoría girondina oponía resistencia pasiva á la minoría montañesa, en posesión ahora de las funciones públicas. Todo parecía conjurarse para exaltar á los montañeses hasta el último grado de la violencia; todo les empujaba á ser duros, á cerrar su corazón á la piedad. Ciudadanos que se habían conducido heroicamente y que habrían dejado un nombre honrado en su ciudad si hubiesen muerto el veintinueve de Junio, tornáronse terribles exterminadores ahora, bajo el impulso de Carrier, que comunicó á todos su fuego devorador. «El nos mostró, gritó más tarde uno de los suyos, él nos mostró el golfo en que nos arrojamamos ciegamente á su voz».

Pero la justicia pide añadir que Carrier fué inflamado á su vez por la exaltación de los nanteses. La influencia entre el uno y los otros fué recíproca. Pruébanlo el número y calidad de los que le secundaron, entre los que merece especial mención Goullin, de temperamento extremadamente nervioso, casi vibrante, informe conjunto de malvado y de héroe. Con sus talones rojos, sus plumas y su largo espadón, había pasado hasta mil setecientos ochenta y nueve por un taimado; la Revolución le transfiguró y encendió la sangre, al punto de no poder decirse quién influyó más sobre quién, si Carrier sobre Goullin ó Goullin sobre Carrier. Producto exclusivo de su convicción fué la carta que, antes de llegar Carrier, escribió, como secretario de la Comisión nacional, al Comité de vigilancia de Nantes, en la que se leen frases como estas: «Examinad y, sobre todo, obrad pronto y duro. Derribad como verdaderos republicanos... Carecéis, me dijisteis ayer, de brazos ejecutores; hablad, pedid, y se os dará todo: fuerza armada, comisarios, correos, guardas, espías, oro. Para la salud del pueblo no os faltará nada». A diferencia de Carrier, capaz de mentir y de temblar, Goullin no conocía la astucia ni el miedo.

Cuando compareció ante el Tribunal revolucionario, recabó para sí toda la responsabilidad por los actos de que se acusaba á sus compañeros, sosteniendo que él era el que había dirigido los trabajos del Comité revolucionario, y que él, solamente él, debía ser castigado. Al acusársele de haber dicho que no se debería admitir en la sociedad de Sainte-Croix más que á los patriotas bastante resueltos para beberse, en caso de necesidad, un vaso de sangre humana, contestó: «Se envenenan mis palabras; pero, por lo demás, me jacto de pensar como Marat, que hubiese querido poder beberse de un trago la sangre de todos los enemigos de la República». Nada de lo que había hecho negó; y añadió con valentía: «Si se me juzga por mis actos, soy culpable, y guardo mi muerte con resignación; pero si se me juzga por las intenciones, declaro que no temo el juicio de los jurados, ni el del pueblo, ni el de la posteridad». Al recordar su defensor cuál había sido, aun en sus mayores delirios, la alteza de su alma, se produjo una escena conmovedora. Uno de los acusados, Gallon, se levanta de pronto, como movido por un resorte, y, entre sollozos y lágrimas, grita con voz que enterneció á todos: «Goullin es amigo mío, muy honrado; le conozco hace nueve años; ha educado á todos mis hijos; ¡matadme, pero salvadle!» Se le absolvió.

Uno de los primeros actos de Carrier fué la formación de la *Compañía de Marat*, encargada de llevar á cabo visitas domiciliarias y arrestar á los sospechosos. Puede formarse idea del pánico que difundiría este ejército de fanáticos, dotados «de los poderes más extensos», que se honraban con el nombre de Marat y á quienes decía Carrier: «Cuidado con andar derechos; no olvidéis que vuestras cabezas me responden de la ejecución de mis órdenes». En pocos días se vieron las cárceles repletas. Faltábale á Carrier un órgano que juzgase, con la rapidez y crueldad que el estado de su ánimo exigía, á los que la *Compañía* arrestaba. Á este efecto, auxiliado por su compañero Francastel, no menos violento é implacable, que se fué en seguida á desempeñar en Angers el mismo papel que Carrier en Nantes, instituyó una Comisión militar que juzgó á más de ochocientos acusados, la mayor parte por hechos relativos á la Vendée; y pronunció doscientas treinta sentencias de muerte en un semestre. Pero el lento proceder de este tribunal no podía satisfacer la febril impaciencia de Carrier, el cual ni siquiera esperó á que la Comisión hubiese dictado la primera sentencia, para poner en práctica el suplicio que Anicetus aconsejara á Nerón cuando éste trataba de deshacerse de su madre, al decir de Tácito, y que Sain-Just rechazara con horror en Strasburgo. Puso Carrier exquisito cuidado en no comprometerse por escrito, siguiendo aquella máxima que le recomendara su amigo Sechellei: «Cuando un representante en comisión derriba, debe derribar á grandes golpes y dejar toda la responsabilidad á los ejecutores, sin comprometerse con órdenes escritas». ¿Cómo no había de abrazar y practicar fielmente esta máxima Carrier, que llevaba dentro de sí el terror que sembraba en torno suyo! La primera ejecución por ahogamiento se efectuó el siete de

Noviembre. Habían llegado á Nantes noventa sacerdotes refractarios, para ser deportados. Se los mete en un barco viejo y carcomido, horadado en la parte inferior; se los sube Loira arriba, hasta Paimbœuf; allí se los desnuda y se les ata las manos por la espalda; se abre la válvula, el barco se hunde, y los noventa desgraciados perecen ahogados. *Deportación vertical* llamó Carrier á esta horrible ejecución, de la que dió cuenta á la Convención en los sencillos términos de que «unos sacerdotes habían perecido en el río», como si se tratase de una muerte causada por accidente. Consentidos de este monstruoso acto habían sido los principales agitadores del Comité revolucionario, los cuales arremeten ahora contra los nanteses que se les oponían; hacen arrestar á ciento treinta y dos ciudadanos, más girondinos que realistas, á pretexto de que conspiraban, y los envían al Tribunal revolucionario de París. Uno de ellos, Villanave, publicó este viaje, con el título de *Viaje de los ciento treinta y dos nanteses*, á los que se trató en todo el camino con tal dureza que murieron algunos de miseria y de pena, no llegando á París más que ciento veinte. Y gracias que el proceso se llevó con tal lentitud que duró hasta el fin del Terror, á lo que se debió el que saliesen absueltos.

Las cárceles no bastaron para contener á los prisioneros cuando el ejército vendeano comenzó á fundirse, dejando sembrado el camino de enfermos y desvalidos, todos los cuales eran recogidos y enviados á Nantes ó á Angers. Mas sucedió que los prisioneros padecían de disenteria y de tifus, é infestaron de estas enfermedades á las dos ciudades: lo que unido al ataque de Angers por vendeanos el tres de Diciembre y á una tentativa de insurrección de los prisioneros, sumió á los nanteses en un estado de profundo estupor, entrecortado por accesos de furiosa desesperación, é inspiró á los agitadores jacobinos, en quienes el furor era el estado normal, proyectos espantosos. Para muestra, basta mencionar el de Carrier, que convoca, en la noche del cuatro al cinco de Diciembre, á las corporaciones administrativas, á la Sociedad popular y al Comité, y les propone, con la mayor naturalidad, fusilar á todos los prisioneros en masa, única manera, á su juicio, de matar de un golpe la revolución interior y la peste. La proposición dejó consternados á los que no estaban en el secreto; profirieronse gritos y protestas, distinguiéndose por la vehemencia en combatirla el obispo constitucional de Nantes, Minée, que presidía el Directorio departamental, y el presidente del Tribunal revolucionario. Todavía recabó Carrier que se levantaría una lista de ciento treinta y dos prisioneros, para ser fusilados al día siguiente. Pero, al siguiente día, el comandante de la plaza se niega á cumplir las órdenes: el obispo Minée apoya resueltamente al comandante, y Carrier y el Comité se ven burlados, teniendo que renunciar al fusilamiento por falta de soldados. Entonces recurren al ahogamiento.

Para esto no necesitaban de soldados; bastábales con la compañía de Marat, á cuya cabeza se hallaban individuos del Comité y los propios agentes de Carrier, los cuales se

atreían á todo en sus expediciones nocturnas. La orden del Directorio departamental de que las cárceles no se abriesen de noche, ellos la infringían, sacaban á los presos que se había designado de antemano, los embarcaban en vetustos navíos, que se llevaban lejos de la ciudad, y luego, como la primera vez, se abría una válvula debajo de la línea de flotación, los tripulantes se salvaban en lanchas y el bajel se hundía con los prisioneros. El diez de Diciembre, escribió Carrier á la Convención. «Cincuenta y ocho individuos, designados con el nombre de *sacerdotes refractarios*, han llegado de Angers; inmediatamente se los ha embarcado. Anoche perecieron ahogados en el río. ¡Qué torrente revolucionario es el Loira!». Esta vez no se confesaba aun autor del hecho, mas tampoco cuidaba de atribuirlo, como antes á la casualidad. La tercera ejecución fué acompañada de las más horribles circunstancias. En la noche del catorce al quince de Diciembre, soldados de la compañía de Marat, provistos de paquetes de cuerdas, se presentan en la cárcel llamada del Bouffai, con la orden de que se le entreguen ciento cincuenta y cinco presos, inscritos en una lista que ostentan, y á los que sujetan las manos por la espalda y atan por los brazos dos á dos. Pero de los inscriptos faltaban algunos, que habían muerto ó recobrado la libertad, y no podía completarse el número. A esto, llega impaciente Goullin, acompañado de Grandmaison, y dice al conserje: «Esta tarde te he enviado yo quince, ¿dónde están?»—«En los cuartos de más arriba,» contesta el conserje.—«Pues bien; bájalos». Con éstos, el número se elevó á ciento cincuenta y nueve. «Vamos, despachemos; la marea baja...», gritó Goullin, como presa de negro vértigo. Se embarca á los prisioneros en una gabarra, se tapa la entrada de ésta con tablas que se sujetan con clavos, y se desamarra la embarcación. Decíase en voz baja: *A la isla Chaviré*; pero, de repente, oyense agudos y lastimeros gritos: «¡Salvadnos, salvadnos, aun es tiempo!...», y de aquellos desgraciados, los que pudieron romper las ligaduras sacaban sus brazos por entre las tablas en ademán suplicante. Vióse entonces al infame Grandmaison, completamente ébrio, cortar á hachazos las manos temblorosas que se tendían hacia él, al tiempo que carpinteros, en lanchas descargaban tremendos golpes de hacha sobre los costados de la gabarra, hasta que la echaron á pique, pereciendo los infelices cautivos entre mortales angustias.

Hubo, cuando menos, siete ejecuciones de esta naturaleza, una de ellas de ochocientas personas. El número total de víctimas que sucumbieron en esta clase de suplicio, llegó á muy cerca de dos mil. Mas no hubo ahogamientos de niños, ni lo que se ha llamado «matrimonios republicanos». La imaginación popular, que gusta de exagerarlo todo, en bien como en mal, forjó que, juntando la burla á la crueldad, se ataba pareados á un mancebo y una doncella y se los hundía en el río. La realidad del terror en Nantes fué de suyo bastante espantosa para que necesite ser agravada con tamañas monstruosidades fantásticas. Quizás diera motivo á la primera de aquellas leyendas el hecho de arrojarse al